

LEGADO

La revista del Archivo General de la Nación
de la República Argentina

Publicación digital N° 10 - abril de 2018



El último adiós a Gardel
en el cementerio de la Chacarita

Repatriación de los restos del
general Juan Gregorio de Las Heras

La ciudad enferma:
Monumento a las víctimas de la fiebre amarilla

Los misterios alrededor del enterratorio
de Facundo Quiroga

Testamentaria de Gerónimo Espejo

La religiosidad y la muerte:
Cofradías de las Ánimas en Buenos Aires

Dos historias de difuntos:
Francisco "Pancho" Díaz y Agustina López de Osornio
(la madre de Juan Manuel de Rosas).

El valle de Siancas:
Martirio y muerte de dos padres jesuitas



Frente del edificio central de Banco Nación, ubicado en el antiguo "hueco de las ánimas".
Departamento Documentos Fotográficos. Inventario 158620.



> MÁRMOL Y BRONCE

La ciudad enferma

Monumento a las víctimas de la fiebre amarilla
(Por Nicolás Gutierrez)

06



> DOSSIER

Andá a cantarle a Gardel

(Por Omar López Mato)

20

Del derecho indiano al código civil

El Fondo Sucesiones

(Por María Teresa Fuster)

30

Espejo: un cronista sanmartiniano ante la inminencia de la muerte

Testamentaría de Gerónimo Espejo

(Por Adriana Micale)

32

Repatriación de los restos del general Juan Gregorio de Las Heras

(Por Carlos Ávila)

46

Dos historias de difuntos

Francisco "Pancho" Díaz y la madre de Juan Manuel de Rosas, Agustina López de Osornio

(Por Roberto L. Elissalde)

54

La religiosidad y la muerte

Cofradías de las Ánimas en Buenos Aires

(Por María Teresa Fuster)

66

El valle de Siancas

Martirio y muerte de dos padres jesuitas

(Por Gustavo Flores Montalbetti)

80

La tumba del caudillo

Los misterios alrededor del enterratorio de Facundo Quiroga

(Por Daniel Schávelzon)

89



> SOBRE EL ARCHIVO

Nueva sede del Archivo General de la Nación

La preservación de la memoria del país y el derecho a la información

(Por María Laura Rey)

94

Publicaciones del Archivo

Pobladores rurales en los padrones porteños de 1726 y 1744.

108

Arte en el Archivo

114

> ALERTAS

116

Nuestros números anteriores



Para leerla online:

www.issuu.com/legadolarevista

Para descargarla:

www.agnargentina.gov.ar/revista.html

Fotografía de tapa:

Desembarco de los restos de Gardel, febrero de 1936.
ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN (ARGENTINA). Departamento Documentos Fotográficos. Inventario 142596.



Ministerio del Interior,
Obras Públicas y Vivienda
Presidencia de la Nación

PRESIDENTE DE LA NACIÓN
Mauricio Macri

**MINISTRO DEL INTERIOR,
OBRAS PÚBLICAS Y VIVIENDA**
Rogelio Frigerio

SECRETARIO DEL INTERIOR
Sebastián García De Luca

**DIRECTOR DEL ARCHIVO GENERAL
DE LA NACIÓN**
Emilio Leonardo Perina

LEGADO

La revista del Archivo General de la Nación
de la República Argentina

EDITOR
Emilio Leonardo Perina

REDACTORES PRINCIPALES
María Teresa Fuster
María Jaeschke

DISEÑO
María Jaeschke

CORRECCIÓN DE TEXTOS
Paulo Manterola

Número 10: abril de 2018

ISSN: 2524-9592

COLABORADORES DE ESTA EDICIÓN

Carlos Ávila
Daniel Balmaceda
Roberto L. Elissalde
Nicolás Gutierrez
Adriana Micale
Gustavo Flores Montalbetti
Omar López Mato
María Laura Rey
Daniel Schávelzon

Av. Leandro N. Alem 246 C1003AAP - CABA

Teléfono: (54 11) 4339-0800 int. 71037

E-mail: revistadigitalagn@gmail.com

La tumba del caudillo

Los misterios alrededor del enterratorio de Facundo Quiroga*

por Daniel Schávelzon**

Al asumir la presidencia, envuelto en la aureola de un trasnochado discurso federalista, con Facundo Quiroga como su héroe favorito, Carlos Menem planteó traer los restos de Juan Manuel de Rosas al país. Y así se hizo, en un evento lleno de negocios privados poco claros y de irregularidades, como la destrucción de los huesos que podían quedar, la venta del ataúd y el robo de todo lo que lo acompañaba, incluso los dientes. Para peor, el Restaurador pasó de un enterratorio conocido a una anónima tumba en Buenos Aires: el “relato” que se quiso construir salió al revés de lo esperado. Pero, en ese momento de tanto movimiento de personajes de un sitio a otro, surgió un tema asociado: ¿dónde estaba enterrado Facundo Quiroga?, porque el entonces presidente lo quería llevar a la tierra natal de ambos, La Rioja.

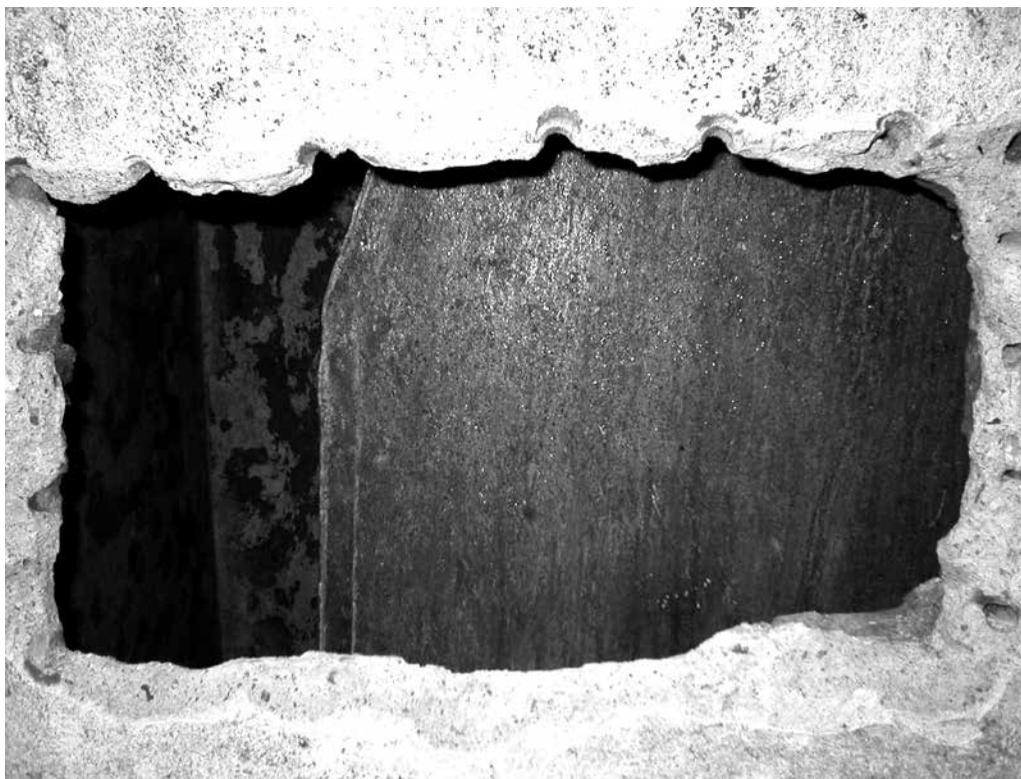
Sobre esto se sabía muy poco. Si bien hay una tumba con su nombre en el actual Cementerio de La Recoleta, desde su asesinato en 1833, y antes de ser llevado allí, había sido enterrado y

desenterrado varias veces y en diferentes lugares. Pero la familia decidió que ese sería su destino final en 1870. Sin embargo, el problema que planteó el historiador don Jorge Alfonsín era que, dentro de aquella bóveda familiar, no estaba el caudillo: había otros cajones, algunos podridos, desde donde caían cientos de huesos, basura de todo tipo, pero no estaba Quiroga.

En una guía turística del cementerio hecha para el turismo existía solo un dato concreto: que lo habían enterrado de pie en su tiempo, es más, que lo habían emparedado. Esto resultaba contradictorio: estar de pie era un gesto altanero, emparedado era triste. Aunque es cierto que, en la época de la muerte del caudillo, eran comunes los entierros verticales, a La Recoleta lo habían llevado treinta y siete años después de varios entierros. Más datos no había en ninguna otra parte. Pero era posible que la escritora supiera algo, ya que estaba en ese tema desde las décadas de 1960 y 1970. Y muchos lo repitieron sin evidencia alguna, al menos, en ese momento.

* Este artículo está basado en extractos del libro de Daniel Schávelzon y Patricia Frazzi: *Las muertes de un caudillo: la tumba de Facundo Quiroga* (Olmo Ediciones, 2010).

** Doctor y profesor titular de la UBA. Investigador Superior del CONICET. Fundador y director del Centro de Arqueología Urbana de la FADU (UBA). Ha publicado varios libros y cantidad de artículos sobre arqueología histórica y urbana y patrimonio construido.



Arriba: Parte del ataúd metálico parado oculto tras el muro.

Abajo: Placa en forma de corazón con restos de escritura hallada sobre una cruz de hierro forjado en el momento de la perforación de la pared de la bóveda de Facundo Quiroga.

Fotografías brindadas por el autor.

Así, nació un proyecto para saber si, efectivamente, Quiroga estaba o no detrás de uno de los muros de su bóveda. Y todo fue muy sencillo: solo con mirar el plano de su tumba, se hacía evidente que le faltaba una parte, que algo había pasado, razón por la que habían sellado un sector. Era necesario hacer estudios históricos y técnicos primero, y perforar la pared después, de encontrar evidencias. Al menos, esa parecía la forma adecuada de actuar.

De este modo, entre los documentos que había encontrado Jorge Alfonsín, la bibliografía, la memoria oral de cuidadores del cementerio y otros datos dispersos, se pudo reconstruir el derrotero de los restos y sus avatares posteriores.

La tumba, si bien había sido abandonada por sus familiares, había sido alterada en varias ocasiones durante el siglo xx, de lo que había registros. El primer estudio técnico que se hizo fue aplicar un georradar a la pared que presentaba, como se veía a simple vista, una alteración fuerte de algún metal tras una malla metálica. Para esto, hacía falta el permiso familiar, lo cual no fue un tema sencillo de resolver: hasta ese momento, a nadie le había interesado su antecesor, salvo para estar de pie en las ceremonias; después, decenas de personas querían participar o, al menos, ser parte de su cuarto de hora de fama. Y pusieron trabas de todo tipo, sin explicar los motivos.

Finalmente, en 2004, se perforó el muro para colocar una sonda, con cuidado, y el pequeño agujero mostró que, tras un muro de ladrillos y barras de hierro, había un ataúd de pie. Creímos que era bronce, lo que luego se desmentiría: era

cobre de aleación de poca calidad, soldado con plomo en las juntas. Y no había nada que lo identificara. El ataúd era de época, por sus manijas decoradas en estilo neogótico, pero todo lo demás era muy moderno o no había posibilidad de fecharlo. Podía ser o no Facundo Quiroga. Además, al lugar entraba agua de lluvia por las juntas de los mármoles superiores y todo estaba empapado y oxidado. Había un corazón de chapa apoyado encima de la parte superior del ataúd, escrito con letras blancas, que podría haber indicado algo. Sin embargo, lo que quedaba escrito no hablaba de Facundo ni tampoco era posible leerlo completo. Solo sabíamos que esos corazones se hacían durante los siglos xix y xx en todo el país.

Se hicieron estudios de todo tipo para descifrar qué decía, pero el deterioro era irreversible. De hecho, lo salvó una restauración inmediata, sino se hubiera desintegrado en minutos al contacto con el aire. Lo demás eran objetos de hierro industrial, un par de cruces de hierro cromadas, obviamente, modernas. Incluso, había una cruz de hierro del siglo xix que merecía un estudio serio, ya que era lo único que podía darle cronología al enterratorio anterior, pero no nos permitieron moverla.

Allí se terminaron los permisos para continuar los estudios. Un análisis de ADN hubiese permitido verificar si los restos que quedaban –si acaso algo había resistido el paso del tiempo– eran realmente los de Quiroga, así como qué otras cosas podrían haber habido en su ataúd, tal como era costumbre en aquella época.

Pero se cerró la puerta de la bóveda y solo pudimos enterarnos de los pasos siguientes por terceros: se sacó el cajón del sitio donde estaba, se borró toda eviden-

cia del nicho en la pared, se rehízo la bóveda por completo (hasta la pintura) y se la limpió de cualquier evidencia del pasado, se puso el cajón de manera horizontal y se exigió que el Patrimonio del Gobierno de la Ciudad devolviera el corazón de chapa restaurado.

El resultado de todo lo hecho –que no fue lo que debía hacerse, sino lo que pudo concretarse– arrojó que, tras los varios entierros y traslados, la familia lo había colocado en la bóveda de La Recoleta en 1870 y, hasta 1920, estuvo solo en ese sitio. En algún momento posterior, la familia decidiría “desaparecerlo”, ante el temor de que atacaran la tumba, fuera por derecha o por izquierda. Es la capacidad del federalismo: la historia nacionalista lo levantó desde la ultraderecha y terminó en la izquierda. Para esto, nada mejor que esconderlo detrás de una pared, a la vez que se construía una leyenda sobre el hecho, como si se pudiese modificar la historia.

¿Cuándo pasó eso? Es imposible saberlo. Pero nos hemos atrevido a suponer que fue en la década de 1950, o poco antes quizás, por el tipo de objetos, el tamaño de ladrillos y otros detalles. El secreto fue mantenido por algunos miembros de la familia.

Ante este nuevo proyecto, alguien recordó y volvieron a cerrarnos las puertas en 2006, para que no se pusiera en evidencia lo que parecería haber sido una superchería, una manipulación más de la historia. Y, en realidad, lo que encontramos, casi con seguridad, fue la nueva construcción de un mito: Facundo Quiroga tenía que ser aún más importante de lo que había sido. No somos lo que fuimos, sino lo que se dice que fuimos. Finalmente, es la construcción de la historia.



La escultura que corona la tumba fue realizada por el escultor Antonio Tartadini.

Departamento Documentos Fotográficos. inventario 120911.



Un entierro en La Recoleta. La entrada al cementerio de la Recoleta fue remodelada en 1881 por el arquitecto Juan Antonio Buschiazzo. c. 1885.

Departamento Documentos Fotográficos. Sociedad Argentina de Fotógrafos Aficionados. Álbum N° 3, Inventario 213122.



**Archivo General
de la Nación**
República Argentina



**Ministerio del Interior,
Obras Públicas y Vivienda
Presidencia de la Nación**